



EFFECTO MARIPOSA 2

DUNA ALBA

Primera edición.

Las mariposas tejen su telaraña.

© 2020 Duna Alba

© Diseño de portada: Nune Martínez

© Maquetación: Munyx Design.

© Corrección: Arantxa Comes

ISBN: 978-84-09-24336-5

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

*Para todos los que creísteis en mí cuando me
perdí entre las sombras.*

“Katherine Anne Porter dijo una vez: «Parece haber cierto orden en el universo, en el movimiento de las estrellas, en la rotación de la tierra y en el cambio de las estaciones. Pero la vida humana es todo un caos. Todos toman una posición, imponen sus derechos y sentimientos, malinterpretando los motivos de los demás y los suyos propios»”

One Tree Hill



Prólogo

NO ERA CONSCIENTE DE DÓNDE SE ENCONTRABA. Llevaba cuarenta y ocho horas a la espera del juicio. Su juicio. Y todavía no había conseguido asimilarlo. ¿Cómo podía asimilarlo cuando alguien correteaba alrededor deseando cortar el hilo del que pendía su futuro?

Las últimas horas habían sido un infierno para Alissa. Habían asesinado a sus primas delante de sus narices: Samantha, el año pasado, la misma noche en que cumplía diecinueve años; Angélica, hacía tan solo unos días en su propia *suite*.

Ahora ella debía enfrentarse a la justicia. Acusada del homicidio de Angélica.

Aquello debía ser una pesadilla de la que no conseguía despertar. Eso fue lo que pensó cuando su tía Diana la señaló como culpable. Desde entonces, una lluvia de pruebas cayó sobre ella

inculpándola de un asesinato que la desgarraba por dentro. Pruebas que habían impedido su libertad bajo fianza y la habían llevado sin remedio a una celda a la espera de un veredicto final.

Se encontraba sentada delante del tribunal. Unas filas más atrás, sentía que la arropaba el cariño de su padre, de sus tíos Daniel y Valeria, y de Lucas, quien mantuvo la mirada clavada en ella intentando transmitirle valor y confianza. ¡Dios! Se moría de ganas de abrazarlo y retroceder en el tiempo para aceptar su propuesta y alejarse de todo con él. ¿Por qué no lo hizo cuando tuvo oportunidad? ¿Seguiría Angélica viva si se hubiese marchado? Esas preguntas taladraban sus pensamientos una y otra vez. Intentó espantarlas buscando el apoyo de sus amigos al fondo de la sala. Zoe terminaría mordiéndose las uñas de los pies, pues en las manos apenas le quedaban.

En la última fila se encontraba Diana, unas enormes gafas de sol le ocultaban el rostro y no dejaba de secarse los ojos. Lloraba sin cesar. Decidió sentarse lo más lejos posible de la familia. Alissa había escuchado rumores de que su tía se arrepintió de haberla acusado a las pocas horas, pues no solo perdió a su hija de la peor manera posible, sino también a su marido. Andrés no le perdonó la descabellada acusación que lanzó contra Alissa. Él también había perdido a su hija y su mujer no tenía derecho a reducir a cenizas lo poco que quedaba de su familia. El dolor no lo justificaba todo.

También corrieron rumores de que Diana intentó retractarse. Alegó que su marido tenía razón, que en su agonía solo buscaba encontrar un culpable, alguien que pagase por la muerte de Angélica. Tarde, porque la avalancha de pruebas impidió que la pequeña de los Valverde saliera de prisión. La única opción que le quedaba era demostrar su inocencia.

La puerta se abrió anunciando la llegada de otro asistente.

Alissa estiró el cuello, intentando descubrir de quién se trataba. No conseguía verlo desde su posición. Los murmullos comenzaron a expandirse por la sala a la par que su corazón enloquecía. ¿Sería ella? ¿Existía la posibilidad de que no la hubiese abandonado? Deseaba ver a su abuela más de lo que podía aceptar. Se reprochaba ese débil sentimiento, pese a ello, debía aceptar que tenerla a su lado sería una gran dosis de confianza. No había sabido nada de doña Cecilia durante esos días y un gran vacío se había instalado en su estómago. Puede que ese verano la hubiese decepcionado de todas las formas posibles, pero aún era su abuela y, a pesar de no ser la mujer más cariñosa del mundo, no recordaba un solo instante crucial en que la Reina de hielo no hubiese estado junto a ella. Según Santiago, su abogado y padre de su mejor amigo, solo se habían reunido un par de veces para tratar temas del palacete.

Alissa no sabía si contaba con el apoyo de su abuela y se odiaba a sí misma por necesitarlo.

Cecilia no entró por la puerta, aunque la persona que lo hizo tampoco la dejó indiferente. Se trataba de su tío Andrés, el padre de Angélica, quien cruzó el umbral con paso firme y no titubeó a la hora de demostrar de qué bando estaba. Tomó asiento junto a Arturo y este le sonrió, agradeciéndole el apoyo. Diana hipó al darse cuenta de que estaba completamente sola. Alissa volvió a mirarla y sintió lástima por ella, no podía perdonarla por haberla llevado a esa situación, pero no le deseaba a nadie lo que estaba sufriendo: había perdido a su hija, el apoyo de su marido y la estabilidad emocional.

La jueza tomó la palabra y esa vez el silencio fue absoluto.

—Silencio, por favor. Se abren las diligencias contra Alissa Fuentes Valverde por el asesinato de Angélica Valverde Cabañas. ¿Cómo se declara la acusada?

—Nuestra defendida se declara inocente, señoría —dijo Santiago con seguridad.

—Tiene la palabra el ministerio fiscal—añadió la jueza.

Andrés lanzó una mirada cargada de rencor hacia su mujer cuando la fiscalía mandó llamar al primer testigo. Se trataba de un cliente que se había hospedado en una de las habitaciones cercanas a las *suites* de la familia. Un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y dinero suficiente como para nombrarse padrino del palacete Valverde.

El testigo afirmó que vio salir a la investigada de su habitación dando gritos y acusando a Angélica de la muerte de Samantha horas antes de la fiesta. También citó la amenaza en la que Diana se apoyó para comenzar esa locura: «¡Lo que quiero es que pague por el daño que ha hecho! ¡Te juro que esto no acaba aquí! ¡¡Vas a pagar por ello!!».

Esas fueron las palabras exactas. Alissa las recordaba perfectamente, tanto que bajó la mirada al escucharlas de los labios del testigo. Aun así, la amenaza no fue lo más sorprendente de ese testimonio, sino el hecho de que fue León, el marido de su prima y hermano de su novio, quien la llevó de regreso a la *suite* y se encerró con ella para ayudarla a relajarse. El fiscal había hecho bien su trabajo, pues con ese hilo empezó a tejer una teoría y sacó a relucir las salidas y entradas de León en el hotel donde Alissa se alojó el último año. El hotel de su padre.

—Con la venia de su señoría, en estas fotografías vemos a León Martín saliendo y entrando del lugar en el que se alojó la acusada durante los últimos meses. —Levantó las imágenes para que el jurado pudiera verlas antes de entregárselas a la jueza—. Como se aprecia en ellas, León Martín la visitaba a menudo. ¿Eran amigos? ¿Mantienen una relación sentimental? Me decanto, dadas las horas y la frecuencia, por la segunda opción, lo que nos daría a entender el móvil de la acusada: mató a su prima

poco después de conocer su matrimonio con el señor Martín. Los celos son un arma poderosa. Por otro lado, está el incidente en el que solo estuvieron presentes la acusada y los hermanos Martín. Un incidente que se produjo cuando Lucas Martín descubrió esa relación que mantuvieron en secreto su hermano y su novia y que concluyó con León en el hospital. Aquí tengo el informe médico.

—Protesto —intervino Santiago—. No hay evidencias de lo que ocurrió en ese forcejeo ni de que mi defendida atentase contra la vida de León Martín, como tampoco las hay de esa relación inexistente.

—Se acepta. Cíñase a los hechos, no haga especulaciones.

La fiscalía alzó las manos con una mueca burlona dibujada en la cara y mandó llamar a Lucas, quien se acercó a testificar con buenas intenciones. Aunque era consciente de que la mejor baza de la fiscalía eran los celos como móvil del crimen, temía no ser capaz de estar a la altura.

Tras decenas de preguntas, Lucas consiguió mantenerse firme en negar la existencia de una relación entre su hermano y Alissa. Sin embargo, salió a la luz que, durante más de once meses, Alissa no había recibido ni una sola llamada por parte de él. Lo cual dio pie a que la acusación avivara la llama del romance.

—¿La defensa desea hacer alguna otra pregunta? —inquirió la jueza.

—Sí, señoría —contestó Santiago acercándose a Lucas—. Según sus declaraciones, tiene una relación formal con la acusada. ¿Es así?

—Sí, así es. Estuvimos unos meses algo distanciados, pero nunca terminamos nuestra relación.

—¿A qué se debió el distanciamiento?

—Conseguí una beca para un curso de informática avanzada en San Francisco. El curso duró dos años.

—Aquí tengo los informes del curso que llevó a Lucas Martín a mudarse a San Francisco por un periodo de dos años —recalcó Santiago alzando los documentos—. También añado la confirmación de la beca y las solicitudes que fueron rechazadas por varios años consecutivos. ¿Por qué cree que ese año aceptaron la solicitud y no los anteriores? Según he podido investigar, se trata de una academia privilegiada. No todo el mundo tiene opción de asistir.

—Porque ese año comenzamos a salir. Su abuela se enteró y facilitó mi ingreso desde el anonimato para alejarme de Alissa.

—¿Volvió usted a España en alguna ocasión durante esos dos años?

—Sí, el verano pasado. Pero Cecilia me descubrió y amenazó con echar a mi familia si no me alejaba de su nieta.

—Se refiere a la misma persona que no ha ofrecido ningún tipo de apoyo a Alissa aun siendo su tutora hasta hace tan solo unos días.

—Sí. Siempre tuvimos que mantenerlo en secreto. Cecilia no lo aceptaba.

—¿Sabe quién controlaba la factura telefónica de Alissa Valverde?

—Su abuela.

—Entonces, creo que podemos entender que esta pareja mantuviera un contacto más discreto o incluso dejase de hacerlo durante el tiempo que le quedaba al joven para finalizar los estudios. A fin de cuentas, Cecilia Valverde controlaba cada movimiento de su nieta y había amenazado a este joven que no contaba con los medios para defenderse. —Se giró hacia Lucas—. ¿Qué ocurrió cuando regresó hace poco más de un mes para quedarse?

—Volvimos a estar juntos en secreto hasta que Alissa cumplió la mayoría de edad.

—¿No temía usted por el trabajo de su padre?

—No, él ya se había marchado del palacete.

—¿Qué relación tiene con su hermano?

Lucas tomó aire, era el momento decisivo. Si fallaba en esa cuestión, todo se iría al traste. Debía ser convincente.

—No éramos los mejores amigos, pero le hablé sobre las amenazas de Cecilia y me aconsejó que terminar los estudios en San Francisco era mi mejor opción. Yo no soportaba no saber nada de Alissa, por lo que se ofreció a hacer de intermediario. Nos informaba al uno del otro, era nuestra conexión.

Alissa sentía que le temblaba cada músculo del cuerpo. Lucas estaba mintiendo. Mentía por ella. Nunca supo de la amistad que la unía a León. Respiró hondo, tenía que esforzarse más si quería presentar la apariencia que le habían recomendado: entereza y seguridad.

Más pruebas salieron a relucir: unas gotas de sangre de Angélica en el vestido que Alissa llevó a la fiesta o el colgante de la mariposa. Santiago hizo hincapié en la posibilidad de que ese vestido pudo usarlo cualquiera desde el momento en que Alissa lo dejó sobre la cama para tomar un baño. Cualquiera con acceso a la *suite*, claro. Eso último alimentaba la munición del fiscal. Con respecto al colgante, también lo tenía complicado. Todo el mundo lo vio en su cuello el día del funeral de Samantha.

Esa fue la primera carta que jugó el fiscal cuando le tocó declarar.

—Usted dice que no tenía el colgante en su posesión en el momento del asesinato, ¿no es así? —preguntó el fiscal.

—Así es, hacía días que no lo veía —contestó Alissa con seriedad.

—¿Cuándo recuerda haberlo llevado por última vez?

—El día del entierro de mi prima Samantha. Al salir del cementerio fui a la casa de mi madre. Allí encontré a mi padre y

me pasé toda la noche hablando con él. Recuerdo que dejé el colgante en la antigua cómoda de su dormitorio y ya no volví a verlo.

—¿Quién le regaló ese colgante?

—Samantha —titubeó, adivinando el camino que iba a tomar el fiscal.

—Y usted creyó que Angélica era responsable de su muerte.

—No, eso fue un error. Un malentendido.

—Un malentendido que la llevó a salir al pasillo y amenazarla delante de los huéspedes.

Alissa notó que se quedaba sin oxígeno.

—Usted no perdió ese colgante. —La seguridad del fiscal la hizo temblar—. Varios testigos afirman que salió corriendo de su fiesta de cumpleaños. Algunos incluso afirman que la vieron cruzando el puente en dirección a su casa, la que está al otro lado del río. ¿Por qué tenía tanta prisa? ¿Qué buscaba? Yo se lo diré: necesitaba su colgante. No pudo soportar la idea de que Angélica hubiese tenido algo que ver con la trágica muerte de su prima y quiso vengarla. Esa fue la razón por la que dejó dicho colgante en el regazo de la víctima. Para que pudiesen recordar a Samantha.

—Protesto. El fiscal está dando el caso por concluido.

—No. No es cierto —musitó Alissa con los ojos vidriosos.

Los segundos se le antojaron horas. Santiago consiguió rebatir ese asunto con una obviedad: ¿quién en su sano juicio pondría sobre la víctima un objeto personal del que había presumido días atrás delante de decenas de personas? Esa prueba lograría que las sospechas recayesen sobre ella directamente. Tal y como había sucedido, pues ese colgante de mariposas rosadas se usó con el único propósito de inculpar a la defendida en el asesinato. Un asesinato que ella no cometió.

Daba la sensación de que se encontraban en un auténtico

combate de boxeo, los abogados daban y recibían sin cesar y Alissa no creía que pudiese aguantar mucho más. No sabía si iban ganando o perdiendo. Cuando la fiscalía parecía dar un buen golpe, Santiago tiraba todas sus hipótesis a la basura. El problema era que seguía aportando pruebas y más pruebas. ¿Cuánto duraría ese espectáculo?

—Con la venia de su señoría —el fiscal volvió a la carga—, ahora quisiera presentar las grabaciones de las cámaras del palacete Valverde correspondientes al pasillo de la segunda planta, donde se encuentran las *suites* de la víctima y la investigada. Las imágenes revelan lo que ocurrió entre las 09:04 y las 09:32 de la mañana del asesinato. La cinta consta como prueba número siete.

Una pantalla, en la que Alissa no había reparado, se encendió mostrando la puerta de su *suite* y la de Angélica. Al principio del vídeo, se vio a sí misma entrar en su habitación. Recordaba perfectamente ese momento. Acababa de regresar del hospital, donde había pasado la noche acompañando a Lucas mientras esperaban los resultados de las pruebas que le hicieron a León. Estaba muy cansada. Pidió a su chófer que la dejase en el palacete para cambiarse de ropa. Quería guardar ese precioso vestido allí e ir a ver a su abuela, con quien no había hablado desde que se impuso ella misma como heredera.

—En las imágenes podemos ver a la acusada entrando en su *suite* a las 09:05 con el vestido de gala. El mismo vestido que lució en la ceremonia. Unos minutos más tarde, a las 09:08, la acusada sale del dormitorio y entra, sin llamar, en el de la víctima.

Alissa volvió a sentir la ausencia de aire. Eso no ocurrió así. Ella entró en su dormitorio, se quitó la ropa para ponerse una bata y preparó un baño de espuma mientras encargaba el desayuno por teléfono y se cercioraba de que tuviesen los ingredientes necesarios para cocinar la tarta de chocolate que

tanto le gustaba a Lucas. Así lo hizo constar en cada una de sus interminables declaraciones; pero ahora las imágenes mostraban a una joven con su vestido y mismo peinado entrando en la *suite* de Angélica.

Esa persona no era ella.

Y, si consiguieran encontrar a la joven cocinera con la que habló por teléfono durante más de quince minutos y luego le subió el desayuno a la *suite*, tendría coartada. Ni siquiera sabía su nombre, debió ser una de las cocineras de refuerzo que contrataron para la fiesta de cumpleaños. Nunca antes la había visto, ahora soñaba con su voz aguda y firme, su oscuro cabello, su mirada descarada, y rezaba por que no tuviese esa habilidad sublime para desaparecer de la faz de la Tierra que estaba demostrando.

—Nadie más entra en esa *suite*, salvo la acusada, hasta las 11:34 de la mañana. Hora en la cual se descubre el cuerpo de la víctima. En cambio, sí que vemos cómo la acusada sale de esa habitación a las 09:29. —El fiscal adelantó el vídeo unos minutos para mostrar la imagen de la chica, despeinada, frotando unos guantes de raso blanco y la mirada clavada en el suelo. En ningún momento se enfocaba su cara—. Si hacemos cuentas, es un periodo de veintiún minutos, tiempo suficiente para matarla, colocarla en la cama y salir de allí.

No podían evitarlo. Su mundo entero iba a desmoronarse. ¿Cómo demostrar que las cosas no sucedieron así? Santiago la miró y respiró hondo para que lo imitase, pero ella echó la vista atrás y las caras pálidas de los suyos reflejaron lo que temía: el combate estaba a punto de finalizar.

El fiscal se giró hacia el jurado y dibujó otra sonrisa burlona.

—Señoras y señores, tenemos a la víctima, la escena del crimen y no solo un motivo, sino varios. Podrían ser los celos o la necesidad de vengar a su otra prima. Lo único que queda

claro es que este es el dinero que más fácil he ganado en toda mi carrera. No me cabe duda de que Alissa Valverde es culpable.

—Protesto.

La sala rugió en defensa de la investigada y ella volvió a temblar.

Estaba perdida.



—No tenemos mucho tiempo, solo lo que dura el receso —apuntó Santiago mientras entraba en el pequeño despacho donde se encontraba Alissa, sentada en un sofá, masajeándose las sienes.

—¿Tiempo para qué? —musitó, aturcida. El abogado abrió un poco más la puerta y dejó pasar a la única persona que podría devolverle algo de oxígeno a sus pulmones—. ¡¡Lucas!!

Dio un salto del sofá y se lanzó a sus brazos con una triste sonrisa en los labios y los ojos humedecidos. Él la recibió, emocionado. La abrazó. Con firmeza. Con determinación. Deseando no soltarla jamás.

—Lo siento —sollozó ella—, si te hubiese hecho caso... Si nos hubiésemos ido lejos cuando ocurrió lo de Diésel... Lo siento. —Enterró la cara en su cuello mientras Lucas enredaba los dedos en sus largos mechones dorados.

—Shhh, tranquila. Si nos hubiésemos ido, no habríamos descubierto la verdad.

—Pero Angy seguiría con vida y tú no habrías mentido para... Lucas le puso un dedo en los labios.

—Todo ocurre por un motivo. Vamos a salir de esta, te lo prometo. Además, tengo el coche fuera para cuando nos larguemos de aquí. Pienso llevarte lejos, muy lejos. Y quiero que sepas —añadió colocándole un mechón de pelo tras la oreja— que cuento con la aprobación de tu padre.

Alissa dejó escapar un tímido suspiro. El hecho de que Lucas se preocupase por lo que opinaba Arturo sobre su relación le parecía tan trivial en ese momento... Estaba segura de que su padre lo adoraba, era imposible no hacerlo, aunque no estaba acostumbrada a esperar su aprobación para nada. La ausencia de una figura paterna en su vida siempre había estado presente y, a pesar de que agradecía el gesto, sabía que, si algo los separara, no sería eso. Se le bañó la cara de lágrimas.

—Lucas, prométeme que si no salgo de aquí...

—Vas a salir.

—Escúchame, por favor. Si no salgo de aquí, dejarás esto y seguirás con tu vida. —Él negó con la cabeza—. Esta gente es peligrosa. No sé quiénes son, pero ellos sí saben de nosotros. Lo saben todo. Nada es casual. Alguien ha estado orquestando esto durante años. Alguien...

—¿Qué quieres decir? —preguntó, confuso.

—Estos días he tenido tiempo para pensar, créeme, y la muerte de mi madre o incluso la de mi abuelo... Lucas, lo de Angy no ha sido una muerte al azar. Es un patrón, alguien ha estado acabando con mi familia poco a poco... Ese vídeo... Yo no fui...

—Sé que tú no la mataste, claro que lo sé. Las pruebas del forense deben estar mal, no marcará la hora exacta. A veces ocurre, los servidores se desconectan de internet unos instantes y la hora se desprograma.

—No me estás escuchando, Lucas. Las horas que ha marcado el forense no son el problema, yo no entré en el dormitorio de Angélica. Esa chica no soy yo.

—Llevaba tu vestido, tu peinado...

—Ha sido una prueba de última hora. Ya lo tenían planeado.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Pero acabaron con Sam, luego con Angy y ahora vienen a por mí. Cuando la policía me detuvo, pude verla desde

el coche asomada a una de las ventanas del palacete. Creo que a la de Angélica. Te juro que era como un clon mío.

Se giró y regresó al sofá. Las piernas no podían mantenerla en pie. Necesitaba gritar, correr. Correr sin detenerse hasta llegar a algún lugar donde no sintiese miedo a que la declararan culpable. A que la arrastraran al infierno que se abría ante ella.

Lucas la miró por un segundo y se agachó junto a ella. Le tomó la barbilla para alzarle la cara e hizo que sus miradas se cruzasen.

—Lis, escúchame. Si ellos van a por ti, yo iré a por ellos.



De nuevo en la sala, el jurado comenzaba a tomar asiento. El ambiente estaba frío. Se escuchaban los murmullos; rezos y promesas al aire que rogaban que Alissa quedase libre. Ella cerró los ojos y se dejó empapar por esos mensajes de apoyo. Distinguió diferentes voces entre ellos hasta que la jueza pidió silencio y se dirigió al jurado:

—¿El jurado tiene ya un veredicto?

—Sí, señoría.

Un sobre pasó de mano en mano hasta llegar a la jueza, quien lo leyó en voz alta:

—En la causa que aquí se instruye se encuentra a la acusada Alissa Fuentes Valverde —el silencio era tal que se podían escuchar los corazones latiendo desenfrenados— culpable del cargo de asesinato con alevosía y con agravante de parentesco sobre la persona de Angélica Valverde Cabañas. Por lo que deberá cumplir la pena de veinte años de prisión...

Sus oídos no captaron nada más, alejando el revuelo de la sala. Se le nubló la mirada, que le impidió distinguir las caras que la rodeaban. Aquellas que a su espalda no dejaban de pro-

testar. Santiago la agarró del brazo al notar que estaba a punto de desplomarse. Decía algo de una apelación, pero no lograba comprenderlo. En ese instante, su mundo carecía de sentido. Lucas dio un salto hacia las pequeñas vallas de madera que los separaban y la abrazó. Apenas tuvo unos segundos antes de que se la llevasen cogida de ambos brazos. Segundos suficientes para susurrarle:

—Te sacaré de aquí. Te lo juro.



—ESPERA..., ESPERA UN MOMENTO... No, por favor. ¡¡No!!

—gritó en medio de la noche.

Se incorporó en la cama con la frente llena de sudor y la respiración agitada. Estiró la mano y apretó la sábana con fuerza. Recordaba dónde estaba, siempre tardaba unos segundos en reconocer el frío ambiente carcelario que la rodeaba, y siempre reaccionaba de la misma forma: volvía a recostarse muy despacio y se cubría la cabeza con la áspera sábana. Solo dejaba un pequeño espacio por el que asomaba sus temerosos ojos. Esperanzada por ver algo más que terroríficas sombras en esa intensa oscuridad.

Llevaba días sin conseguir dormir más de dos horas seguidas. Su compañera, Tina, la había apodado «la Grititos». Un seudónimo que podría sonar simpático. Nada más lejos de la realidad. No la soportaba. En ese edificio nadie toleraba su presencia. No solo Tina se pasaba el día insultándola y amenazándola, casi

todas las celdas del pabellón ofrecerían su ración de comida diaria a cambio de no compartir ni un segundo el espacio con esa niña pija que se asustaba en la oscuridad.

—Te juro que como ese loquero tuyo no te recete un sedante, terminaré haciéndolo yo —la amenazó Tina desde la cama y se dio la vuelta para intentar seguir durmiendo.

No contestó. Ella misma comenzaba a creer que se estaba volviendo loca. Una noche más, las sombras se habían cernido sobre ella y, una vez más, le costaba diferenciar las pesadillas de la realidad. En definitiva, su realidad se había convertido en una pesadilla.



—¿Has tenido ese sueño de nuevo?

Era la tercera vez que el psicólogo se lo preguntaba. Y era la tercera vez que recibía un silencio como respuesta. Alissa se recostó en la silla y siguió observando con detenimiento cada marca del gotelé de la pared. Imaginaba distintas figuras: un león, un helado, una foca... Era su entretenimiento favorito durante las sesiones de terapia y la única forma de evitar encontrarse con la mirada del terapeuta. Aunque ese día era diferente. Tenía que esforzarse más, pues la psicóloga que la estaba tratando se había dado por vencida tras apenas dos sesiones y había enviado en su lugar a un compañero. Alguien a quien no esperaba ver por allí.

—Alissa, no podemos continuar así. Sabes que quiero ayudarte, pero, para ello, necesito que colabores. ¿Qué recuerdas de tu último sueño?

Había algo que no podía reprochársele, era insistente. Lo conocía bien y el golpeteo pausado del bolígrafo contra el bloc de notas se iba acelerando. Comenzaba a perder la paciencia.

—Alissa, ¿qué recuerd...?

—¿Por qué está aquí, Tomás? —preguntó de repente—. No es por nada, pero se me hace muy extraño que haya cambiado su lujoso ático con diván de cuero y vistas a un pacífico parque natural por esta húmeda y lúgubre sala. ¿Por qué me sigue hasta aquí? ¿No me había dado de alta?

—No te estoy siguiendo. Me comentaron que mi compañera no conseguía conectar contigo y decidí intentarlo. Te conozco, Alissa. Hemos estado tratando durante el último año. Puedo ayudarte a superar este nuevo bache en tu vida, puedo...

—Las mentiras no se superan —lo cortó dedicándole una fría mirada—. En el fondo, no hicimos ningún avance, pese a la fortuna que se dejó mi abuela en su consulta. No he podido superar el accidente de mi madre porque no ocurrió. Al parecer, se suicidó.

En realidad, no estaba convencida de que hubiese sido un suicidio, los últimos acontecimientos ponían en entredicho que la conversación que escuchó a escondidas fuese la verdadera razón de la muerte de su madre. No obstante, esa era la última información de doña Cecilia, por lo que guardaría esas sospechas para sí misma. No es que estuviese segura del suicidio, pero era un tema que, por el momento, no sacaría a relucir.

—Tampoco he podido superar el abandono de Samantha —continuó—. Porque no me abandonó, la asesinaron.

—Lo sé, estoy al tanto de la situación.

—Entonces también estará al tanto de que mi padre y mi novio no se alejaron de mí por propia voluntad, fue mi abuela quien se encargó de ello.

—Tu abuela solo hace lo que considera mejor para ti.

—¿También le paga para que repita eso? Dígame una cosa, ¿cree que una persona que abandona a su nieta en la cárcel y ni siquiera es capaz de visitarla hace lo mejor para ella?

—¿No te has parado a pensar que pueda tener sus motivos?

—¡Oh, por favor! —bufó y se levantó de la silla—. Desde luego que tiene sus motivos, estuve a punto de robarle su preciado mandato. Ahora estoy fuera de juego. Es obvio que lo prefiere así.

—Háblame de la mañana en la que murió Angélica.

—¿Se refiere a la misma mañana en la que la mataron y pusieron un puñado de pruebas en mi contra?

Tomás descruzó las piernas y apoyó la libreta en la mesa de la sala. Se le estaba haciendo más cuesta arriba de lo que esperaba. Recordaba a la joven de hacía unos meses. Siempre llegaba a la consulta arreglada, como preparada para aparecer en un desfile de moda. En cambio, apenas encontraba ya una sombra de esa chica frente a él. El insulso chándal beige y las sosas zapatillas blancas no casaban con ella. El pelo estaba recogido de cualquier manera y no había ni rastro de maquillaje en su cara. Pero eso no era lo peor. Aunque Alissa había sufrido la pérdida de su madre, el distanciamiento de su padre y la ausencia de su prima y su novio, siempre mantuvo un brillo especial en la mirada. Conservaba la esperanza de que las cosas pudiesen ir a mejor. Esa esperanza de la cual ahora quedaba menos rastro que del carísimo maquillaje que había usado.

—Me refiero a la última vez que hablaste con ella, ¿qué te contó Angélica esa mañana?

Alissa abrió los ojos y respiró hondo antes de contestar:

—¿Sabe por qué no conseguí conectar con su compañera? Porque se empeñó en intentar hacerme creer la teoría de la fiscalía. Esa prueba era falsa. Jamás entré en el dormitorio de mi prima esa mañana. No la vi. Fui a mi *suite*, me desvestí y preparé un baño de burbujas. Mantuve una larga conversación con una de las nuevas cocineras por teléfono hasta que me subió el desayuno...

—¿Eres consciente de que nadie conoce a esa chica? —la cor-

tó—. No tenemos nombre ni constancia de ella en ningún sitio. En cambio, siempre la has descrito de forma detallada, incluso para haberla visto una sola vez y de refilón mientras dejaba la bandeja con el desayuno sobre tu cama. —Alissa guardó silencio y un nudo en el estómago la avisó de que lo que venía a continuación no le iba a gustar—. ¿Recuerdas cómo la describiste? Melena oscura, voz firme, mirada descarada...

—Esa fue la impresión que me dio.

—Esa chica no existe, Alissa. Es duro asumirlo, pero lo que creíste ver solo fue una imagen que formó tu mente alimentada por las extremas circunstancias a las que te sometías. Viste aquello que necesitabas ver.

—¿Qué demonios está diciendo?

—Que creíste ver a Samantha. Tu mente te jugó una mala pasada. Acababas de conseguir ponerte al mando del palacete, algo que siempre fantaseaste hacer con ella. La situación y el estrés te desbordaron.

Un par de lágrimas rodaron por su rostro. La impotencia la había enmudecido.

—Voy a decirte lo que yo pienso. No creo que te enamoraras de León y esto haya sido un crimen pasional. No. Soy consciente de lo enamorada que estás de Lucas. Pero descubrir que Samantha había muerto fue un duro golpe. Siempre conservaste la esperanza de reencontrarte con ella y descubrir que había sido asesinada te desestabilizó. Ahí tu mente inició una caza de brujas, necesitabas un culpable y hacerle pagar. ¿Quién mejor que la persona que tendría que protegerte de tanto sufrimiento? Comenzaste a ver un enemigo en tu abuela. En la única constante de tu vida. El dolor se alimenta de dolor. Por eso la apartaste de tu lado con absurdos motivos: era la culpable de las muertes de tu abuelo y tu madre, mantuvo el nivel de comodidades del palacete apoyándose en un traficante... ¿Te das cuenta de que

esas razones carecen de sentido? ¿Por qué iba a matar a su marido? ¿O a su propia hija? ¿Cómo podría sustentarse tu legado en la venta de drogas? Nadie, excepto tus amigos y tú, ha hecho una leve mención a ese traficante. Dime, ¿dónde está ese hombre?

«En algún lugar a unos cuantos metros bajo tierra».

El tema de Diéssel apenas salió a relucir durante las investigaciones. La policía no creía en su existencia, daban por hecho que los chicos lo habían inventado para apoyarla en la guerra contra Cecilia. Alissa suplicó que no ahondasen en ese asunto, era preferible que nunca se comprobara su veracidad a que pudiese salpicar a Lucas. A fin de cuentas, Diéssel estaba muerto y el verdugo fue León.

Cecilia aprovechó la falta de insistencia en el tema para borrar cualquier rastro de él en aquella casa, demostrando una vez más que haría lo que fuese necesario por salvar el palacete y su reputación.

—No sabe de lo que está hablando —murmuró con desprecio.

—Claro que lo sé. Demasiada información que asimilar en un solo mes y demasiado dolor acumulado que no dejaba de crecer. ¿Qué hubieses hecho si León no te hubiese parado los pies horas antes de la fiesta? —Alissa no contestó—. Exacto. Tu silencio es la respuesta. Estabas desbordada. No creo que fueses consciente al cien por cien de tus actos. Creo que esa mañana fuiste a verla, discutisteis y el asunto se os fue de las manos. Hemos vivido esta situación, Alissa. Quizá no fue buena idea retirarte el medicamento con tanta premura.

—¿Me está diciendo que maté a mi prima y no lo recuerdo? —ladró.

—Te estoy diciendo que necesitamos que aceptes tus actos. Es la única forma de librarte de las pesadillas. De continuar. Necesitas ayuda. Recuerda, el primer paso para mejorar es aceptar el problema.

No podía creerlo, ¿de verdad insinuaba que cometió el crimen sin ser consciente? ¿Quería hacerle creer que había vuelto a recaer?

—No estoy obligada a tratar contigo.

—Ahora mismo soy tu mejor opción.

—¡Qué suerte la mía! —exclamó con sorna.

La puerta se abrió de golpe, las bisagras crujieron. La funcionaria responsable de trasladarla de un lugar a otro se asomó con su immaculado uniforme y su habitual gesto agrio en la cara.

—Vamos, Valverde. Se acabó la sesión.

Alissa sonrió y se giró hacia el terapeuta.

—Me ha ayudado en una cosa. Jamás pensé que me alegraría de verla —dijo señalando a la funcionaria y soltó una carcajada ante su propia ocurrencia.

—Nos vemos la semana que viene —añadió Tomás con seriedad.

La funcionaria se acercó a la silla, la agarró por el brazo y tiró de ella. Recorrieron el largo pasillo en silencio. Todavía no se había acostumbrado a ese lugar y temía no hacerlo nunca. A cada paso que daba escuchaba el eco de la voz de la jueza dictando sentencia. Veinte años. Toda una vida.

Su vida.

Observó el gran reloj que encabezaba la puerta del patio y supo a dónde se dirigía. Era la hora de tomar el aire y socializar con las demás presas, cosa que ella no haría. Allí no la soportaba nadie. Las muecas y burlas que le lanzaron en cuanto la vieron llegar eran patentes. La mujer que la guiaba la llevó hasta el patio, abrió la puerta y la empujó para que saliera.

—Ya está aquí la princesita. ¿El loquero te ha dado un sedante? ¿Al fin podremos dormir? —ironizó Tina mientras las chicas que la rodeaban se reían.

—Basta, Tina —la reprendió la funcionaria, divertida—. Y tú vete a un rincón. No des problemas —le ordenó antes de cerrar la puerta.



—¡Ey! ¿De verdad eres tú la que no duerme?

Alissa abrió los ojos, despacio, y enfocó la mirada. Estaba en una esquina del patio, sentada en el suelo. Se había acostumbrado a buscar rincones solitarios para poder echar una cabezada durante el día: el patio, la ducha, el comedor... Cualquier lugar era preferible a la celda.

Vio a una joven castaña con el mismo chándal que ella.

—Por favor, no sé quién eres —musitó estirando las rodillas—, pero no quiero más problemas. Ya tengo suficientes.

—Lo sé, tus ojeras están a punto de cobrar vida. ¿Cómo consigues abrir los ojos? —preguntó sentándose a su lado.

Alissa hizo el intento de levantarse para alejarse. Si algo había aprendido en esos días era a huir de los problemas y cada vez que alguien se acercaba era para meterla en uno. No importaba quién tuviese la razón, si ella estaba involucrada, la culpa sería suya.

—Espera —la chica la retuvo—, no tienes por qué irte.

Volvió a sentarse y miró hacia delante, intentando fingir indiferencia. En realidad, estaba sorprendida.

—No deberías hablar conmigo. Aquí soy la persona más tóxica que hay según la población.

—¡Ja! Me gusta tu humor. Si lo dices por Tina y su séquito de admiradoras, no te preocupes. Esto no es muy diferente del instituto si lo analizas bien: grupos, líderes, populares, matonas... Además, yo llevo aquí el tiempo suficiente como para que sepan cómo me las gasto. Por cierto —se giró hacia Alissa, decidida—, soy Carla.

—Lis —añadió mientras le estrechaba la mano.

—Bien, Lis. ¿Cuál ha sido tu pecado para acabar perteneciendo al grupo de presidiarias más *sexys* de España? —preguntó señalando a una mujer con unos cuantos kilos de más y una horrible verruga en la mejilla.

Ambas sonrieron un segundo.

—La falta de él. —Miró a Carla con seriedad—. No es broma. Supongo que esto lo dirán mucho por aquí, pero es cierto. Aunque sí que cometí un error —suspiró dejando caer la cabeza hacia atrás—. Confíe en la gente equivocada.

—Brindaría por eso si nos dieran algo más que agua con sabor a pis de vaca.

¿De verdad estaba conectando con alguien allí dentro? No podía ilusionarse. Probablemente, sería un juego macabro de Tina y, en unos minutos, se vería rodeada de burlas. Aun así, algo en su interior le gritaba que necesitaba una amiga o, al menos, alguien con quien poder hablar antes de terminar volviéndose loca.

—¿En serio? —preguntó Alissa, prudente—. ¿Tú tampoco hiciste nada para acabar aquí?

—¡Claro que hice! En mi caso, confíe en el subnormal de mi hermano mayor. El mató a un tío y yo cargué con el asesinato.

La historia le resultaba demasiado familiar como para no interesarse. Su mente le gritaba que se alejase de Carla; en cambio, su corazón añoraba mucho a Zoe... y esa chica mordaz y atrevida se le parecía tanto que una conexión especial surgió entre ellas.

—¿No me crees? —preguntó Carla con una sonrisa ladeada. Sacó un cigarrillo del bolsillo del pantalón y le ofreció otro. Asombrada, ella se negó con los ojos como platos—. Tranquila, ya te he dicho que saben cómo me las gasto.

Encendió el cigarrillo y dio una larga calada. Soltó el humo despacio. Daba la sensación de que le hubiese gustado retenerlo

dentro de ella de por vida. Como si nunca pudiese disfrutar de ese capricho. Alissa estaba segura de que pocas personas podrían negarle algo a Carla.

—Lo pillaron, al gilipollas de mi hermano lo pillaron. Vivíamos solos. Bueno, yo vivía sola, mi padre lleva años encerrado en la cárcel y mi madre nos abandonó tras darme a luz. Se lo debo todo a mi hermano, él siempre ha cuidado de mí. Al menos, hasta hace unos años. Se largó a vivir en otro lado para llevar a cabo un encarguito de los suyos. Siempre me daba dinero para lo que necesitase. Por eso, cuando lo trincaron, me sentí en la obligación de ayudarlo. Más que una obligación, fue una falta de alternativas, ¿sabes lo que quiero decir? Yo no podía vivir sola siendo menor y tampoco tenía una fuente de ingresos que no fuese él. Así que, cuando apareció aquella mujer en mi casa, no pude negarme.

—¿Quién era? —preguntó Alissa, sorprendida, se había quedado embelesada con el relato.

—No lo sé. Una tía de esas que desprende lujo allá por donde pisa. Me dijo que, si me inculpaba, mi hermano podría terminar un trabajo pendiente. Me ofreció mucho dinero y me aseguró que, cuando el imbécil acabase su tarea, seríamos tan ricos que podrían sacarme de aquí solo con chascar los dedos. —Una amarga carcajada brotó de sus labios—. Yo no había cumplido los dieciocho años, por lo que no iría a la cárcel. Me pintaron la situación tan sencilla y yo me sentía tan sola... Acepté. No sé si cumplió o no con el encargo, pero del correccional de menores me trajeron aquí. Y, dos años después, sigo esperando. Fijo que el cabrón está en las Bahamas o algo así —añadió restregando la colilla del cigarrillo en las frías baldosas del suelo.

El silencio se apoderó de ellas. Alissa no sabía exactamente qué debía decir, estaba claro que Carla había sido traicionada por alguien de su propia sangre. La historia era tan similar a la

suya que sintió empatía. Ambas clavaron la mirada al frente y permanecieron calladas.

—¡Fuentes! —Dio un respingo al oír su nombre, miró a Carla y esta escondió la colilla dentro del bolsillo.

La funcionaria de la cara agria gritaba desde la puerta como si temiese pisar el patio. Ni que fuese a contagiarse de algo.

—¡Alissa Fuentes! Ven aquí enseguida. Otro de tus deseos te ha sido concedido, cómo no... El apellido Valverde no deja de tener privilegios. —Escupió en el suelo.

Alissa se levantó y se sacudió de los pantalones la suciedad de las baldosas.

—Así que es cierto. Eres una Valverde —musitó Carla—. Entonces, puede que no quieras seguir siendo mi amiga.

—No es que tenga mucho donde elegir —contestó señalando alrededor—. ¿Por qué lo dices?

La funcionaria salió al patio, enfurruñada. Su poca paciencia se reducía considerablemente cuando se trataba de Alissa. Recorrió con la mirada los metros cuadrados que formaban la pequeña área de descanso. Escuchó cómo Tina y su grupo proferían algunas frases despectivas hacia la pequeña de los Valverde y se engrandeció conforme llegaba hasta ella.

—Porque creo que conoces a alguien de mi familia —añadió Carla con urgencia ante la cercanía de la funcionaria—. Una persona que no es tan adorable como yo y que no creo que se acercara a tu familia con muy buenas intenciones.

Alissa guardó silencio y le instó a que prosiguiera.

—¿Tú no escuchas cuando te llaman? ¿Estás sorda? —La fría mujer la agarró por el brazo y tiró de ella, pero esta no dio un paso hasta que Carla terminó una confesión que jamás hubiese esperado:

—Soy la hermana de Diésel.



—POR FAVOR, dime que esta noche has dormido.

Zoe salió del cuarto con el pelo revuelto y el pijama de raso color naranja que Iván le cogió prestado a su madre días atrás. Se envolvió en una manta polar y fue directa al sofá. Clover saltó sobre ella y se hizo una bolita bajo la manta. Estaba preocupada por Lucas, llevaba pegado a la pantalla del ordenador día y noche desde que declararon culpable a su novia.

—No, el viaje ha sido un completo fracaso. No conseguimos nada.

Las ojeras del chico se acentuaban con cada hora que pasaba. Por ello, cuando propuso ir a París para buscar a Evelyn, lo apoyó. Zoe pensó que le vendría bien tomarse un descanso y respirar algo de aire fuera de esas cuatro paredes. Desde el juicio, la vida de los chicos se centró en dos objetivos: demostrar que el vídeo donde se veía a Alissa entrar en el cuarto de su prima

estaba manipulado y averiguar qué sabía Evelyn sobre lo que ocurrió.

—¿A qué hora llegasteis? No os oí entrar. O, más bien, no te oí entrar, porque está claro que el petardo de mi novio no ha dormido aquí. Voy a hacer café, ¿quieres?

—Sí, por favor —contestó Lucas sin apartar la mirada de la pantalla—. Llegamos a eso de las dos de la madrugada. Era más o menos medianoche cuando paramos a tomar algo en el bar de carretera que hay de camino hacia aquí, pero no te puedes imaginar lo que ocurrió.

Zoe se acercó con dos cafés humeantes y se sentó enfrente. Lucas cogió una taza bajando la tapa del portátil y dio un sorbo, despacio, mientras ella se moría de curiosidad. Al fin, lo veía hablando de algo que no fuesen códigos, teorías o conspiraciones.

—Cómo te gusta hacerte el interesante, se te está pegando lo mejorcito de Iván —ironizó.

Lucas sonrió con una mueca burlona.

—Estábamos comiéndonos un bocadillo cuando, de repente, un coche del aparcamiento explotó.

—¿Como que explotó?

—Pues eso, una chica arrancó y voló por los aires. Imagínate, estuvimos allí al menos dos horas prestando declaración hasta que nos dejaron salir.

—¿Se sabe quién era la chica? —preguntó tras dar un sorbo a su café.

—Al parecer, nadie la conocía. Viajaba sola, dicen que fue un fallo del motor o algo así, no quisieron dar muchas explicaciones.

Zoe asintió y se levantó de la mesa.

—Joder, qué mal rollo. Últimamente, no nos persiguen más que desgracias. ¿Qué tal por París? —inquirió, aunque ya conocía la respuesta.

—Nada, no conseguimos dar con Evelyn —suspiró Lucas—. Los pocos familiares de los que tenemos constancia no sabían nada y el portero de su edificio dice que lleva meses sin verla.

Ella bufó. Estaban desesperados por probar la inocencia de su amiga y no podían seguir dando palos de ciego. Necesitaban encontrar un hilo del que tirar hasta encontrar la clave de lo que estaba ocurriendo. Pero, aunque había apoyado a los chicos en su escapada a Francia, siempre supo que sería en balde. Nada más enviar aquel *e-mail* en el que se afirmaba que Lucas era la persona que podría ayudar a Alissa, la dirección de correo electrónico fue eliminada y Lucas no consiguió ubicar siquiera la IP desde donde se había enviado. Zoe dudaba que Evelyn tuviera respuestas y, además, estaba segura de que, si ella no quería, nadie la encontraría.

—Ya sabes lo que pienso. No creo que puedas dar con ella, no tiene sentido. Si quisiera hablar contigo, lo haría. No enviaría absurdos *e-mails* como si esto se tratase de un juego. No quiero hablar mal de los muertos, pero es igual que Samantha, se las da de interesante y, en el fondo, no tiene ni puta idea de nada.

—No opino igual. Ese *e-mail* decía que yo podría ayudar a Lis. Si lo dijo sería por algo, por eso no entiendo cómo llevo un mes sin lograr nada. ¡¡Joder!! Me siento inútil. —Pegó un puñetazo contra la mesa y derramó unas gotitas de café.

Lucas fue a buscar un paño para limpiar la mesa y Zoe se acercó a la gran pizarra en la que habían apuntado todos los datos. «¿Quién asesinó a Angélica?», era el título que encabezaba el croquis, un montón de fotografías y preguntas sin respuesta.

—Quizá hemos estado en el camino equivocado —murmuró Zoe y Lucas frunció el ceño—. Piénsalo, no vamos a encontrar a Evelyn y, si lo hiciéramos, no tenemos garantías de que sepa algo. Por otro lado —respiró hondo, le asustaba expresar los pensamientos que le habían robado el sueño en los últimos

días—, ese vídeo lo has revisado un millón de veces. ¿No crees que si hubiera algo ya lo habrías encontrado? No está manipulado, Lucas. Lo sabes.

Él se giró y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que... —meditó sus palabras— no hemos barajado la opción de que Lis sí entrase en la *suite* de Angélica. Y eso lo cambiaría todo.

—No —espetó él, tajante.

—Hay que buscar caminos alternativos. Dar vueltas y vueltas a lo mismo no nos sirve de mucho —se defendió. Lucas le dio la espalda, no quería escucharla—. No estás siendo racional. ¿Crees que a mí no me duele? Mi mejor amiga está en la cárcel y no dejo de ver cómo te consumes día tras día.

Una cara conocida entró en el salón con una bolsa que desprendía un olor delicioso. Clover salió corriendo y le mordió el bajo de los pantalones en busca de comida.

—¿Quién no está siendo racional? —preguntó Iván agachándose para saludar al perrito—. Por cierto, las puertas hay que cerrarlas. Algún día os darán un buen susto. ¡Traigo churros! —exclamó, luego cogió uno y le dio un bocado—. ¿Por qué tenéis esas caras tan largas?

Fue Lucas quien contestó mientras regresaba al ordenador:

—Nada, al parecer, ahora tu novia piensa que fue Lis quien mató a Angélica.

—Yo no he dicho eso, solo que es posible que la respuesta que busques no esté en ese vídeo. Si ella entró en ese cuarto, entonces...

—¡No es una opción, Zoe! —gritó Lucas—. Alissa me dijo que vio a alguien, ese alguien estaba en el dormitorio de Angélica y fue ese alguien quien ha organizado esto.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver, Lucas. Ese vídeo se mostró ante un tribunal y nadie notó nada extraño. Tú lo

has estado analizando tres semanas y no has conseguido nada. ¿Quieres seguir perdiendo el tiempo? Allá tú, yo voy a buscar respuestas en otro lado.

Iván los observaba de soslayo, sin atreverse a intervenir. Tanto su novia como su amigo tenían razón. Ambos eran igual de testarudos y la falta de respuestas comenzaba a pasar factura. Cada uno lidiaba con ello como podía: Lucas se centró en revisar vídeos y *e-mails* y Zoe había creado un tablón de pistas digno de *CSI*. En cambio, él se dedicaba a apoyar las ideas de los demás y a llevar el desayuno cada mañana mientras soportaba la impotencia de no poder hacer algo por su mejor amiga.



Zoe salió del dormitorio vestida con unos vaqueros desgastados, un jersey violeta y una oscura bufanda. Cargaba una bolsa en una mano y, con la otra, se guardaba el teléfono en el bolsillo, nerviosa. Ese gesto hastiado era más que conocido para Iván: otra de sus misteriosas llamadas.

—¿Te ha llamado alguien?

Dudó un instante antes de responder:

—Sí, mi padre. —Percatándose de la cara de inconformidad del chico, añadió—: Esta tarde me esperan en casa para recoger algo de ropa. Por cierto, toma —dijo mientras le tendía la bolsa—. Dale las gracias a tu madre por el pijama, pero por las noches me pelo de frío y, viendo que no piensas venir más a dormir conmigo, mejor me traigo un pijama calentito.

La culpa atravesó el corazón de Iván. Era consciente de que cada día se alejaba un poco más de su novia. Últimamente, utilizaba cualquier pretexto para dormir en el palacete. Algo dentro de él lo impulsaba a actuar así. La inseguridad iba ganando terreno y esas constantes y misteriosas llamadas solo eran como

piedras que golpeaban sin cesar su autoestima. Tenía pánico a revivir el pasado. Creía haber superado los juegos de Samantha que tanto lo dañaron, pero siempre había algo que la devolvía al presente.

El teléfono de Zoe vibró de nuevo y, con un bufido, se dirigió a la cocina para responder. Iván se dejó caer en el sofá. El abismo que había comenzado a crecer entre la pareja no se solventaría tan fácilmente. ¿Zoe podía reprocharle que se estuviesen alejando? Al principio, le preguntaba a qué se debía tanta llamada y las excusas cada vez eran menos elaboradas: «Una compañera de clase que quiere que me matricule en una asignatura con ella»; «Mi padre que está preocupado por que abandone los estudios»; «Una compañía telefónica con una nueva oferta»... Iván optó por no preguntar más, pues cada pregunta concluía en una discusión. No se creía sus explicaciones. No podía creerla.

Sin embargo, el problema no había desaparecido, al contrario, el aparentar que no le importaba aquel extraño comportamiento solo era una tirita en la herida. Ya no discutían, pero sentía cómo los fantasmas del pasado revoloteaban a su alrededor. ¿Mentiras? ¿Engaños? No, no podría volver a pasar por ello.

Intentó espantar esos pensamientos y se acercó a Lucas, que murmuraba frente a la gran pizarra.

—Me niego a pensar que Lis hiciera algo así.

—No lo hizo, Lucas. Eso es lo único que tenemos claro. Lis es inocente.



—¿A qué se podría referir Evelyn si no tiene nada que ver con el vídeo? ¿Qué podría saber yo?

Lucas no paraba de darle vueltas. Ese vídeo no era la clave, si lo fuera, ya hubiesen descubierto algo. Intentaba aceptar esa

posibilidad, de hecho, no era la primera vez que rondaba su mente. Se llevó las manos a la nuca y echó la cabeza hacia atrás, intentando aclararse.

—Esa tía es un fantasma. —Zoe regresó al salón evitando la mirada de Iván—. En serio, ¿qué puede saber ella? ¡Ni siquiera tenemos idea de dónde está! Su mejor amiga, su alma gemela, aquella por la cual daría la vida —ironizó alzando las manos—, fue asesinada y no tuvo la decencia de asistir al funeral. ¡Yo no quiero superamigas de esas!

—A no ser que sí lo hiciera —propuso Lucas, pensativo—. Llevo días dándole vueltas a esa opción. La dirección de correo fue borrada porque yo podía descubrir desde dónde se enviaban esos *e-mails*. Solo alguien que anduviese por aquí podría haber escrito antes de que el escándalo se publicase en los medios. Recordad que Cecilia puso su mayor esfuerzo en frenar a la prensa, no se supo nada hasta pasadas varias horas y, en el *e-mail*, Evelyn deja claro que sabía lo que había ocurrido: el asesinato de Angélica, la detención de Lis... ¿Cómo podía saberlo si no estaba cerca? Además, el portero nos dijo que...

—Que en ese apartamento no había entrado nadie desde primeros de julio —completó la frase Iván—. El cumple de Sam es el día tres.

—Las fechas coinciden —murmuró Zoe—. En ese caso, la sombra de los disparitos... —Los chicos la miraron con el ceño fruncido—. ¿No os acordáis? El día en que a tu hermano se le fue la olla. ¡Joder! Si no llega a ser por esa sombra pistolera, no estaríais vivos.

—Frena, vaquera. Explícate, porque no sabemos de qué estás hablando —soltó Iván.

—El día en que León quería mataros, alguien disparó al aire y fue eso lo que lo distrajo y por ello pudiste lanzarte sobre él. Al menos, es lo que me contó la canija.

—Recuerdo algo así —murmuró Lucas recuperando el brillo en los ojos—. Un ruido que lo desestabilizó y lo hizo mirar hacia atrás. No llegué a relacionarlo con disparos, pero puede ser. Eso sí, no vi a nadie.

—Lis creyó que era yo la que disparaba y... —Zoe se perdió en sus pensamientos—. Un momento.

Avanzó hacia la gran pizarra y ató un hilo rojo que comenzaba en Evelyn y que pasó por varias fotografías más hasta llegar a Angélica.

—Así es como nace un nuevo sospechoso —declaró con orgullo. Lucas e Iván la miraron, confusos—. No sería tan raro. ¡Pensadlo! Tras ver los vídeos que Samantha guardaba en el portátil, todos creímos que Angélica era culpable de su muerte. Para colmo, la canija se encargó de correr la voz cuando salió gritando por los pasillos.

—No estarás pensando que... —Lucas buscó su teléfono móvil mientras Zoe seguía argumentando.

—Partimos de la idea de que ella está por aquí y de que pudo salvaros disparando al aire aquella noche. —Ellos asintieron—. Lo cual nos dice que tenía un arma, que estaba escondida en el palacete y que podría buscar vengar a su mejor amiga —finalizó con una palmada—. Las piezas encajan.

—¿Crees que fue Evelyn quien mató a Angy? —preguntó Iván, sorprendido.

—Desde las sombras se observa mejor —murmuró más para sí misma que para los demás—. Claro que sabía que la canija no era la asesina. Fue ella quien lo hizo.

Iván no daba crédito al giro que habían tomado los acontecimientos. Sentía que la nueva teoría estaba cogida con pinzas, aunque sabía que serían capaces de agarrarse a un clavo ardiendo con tal de lograr su objetivo. Buscó la mirada de Lucas, Zoe solía precipitarse siempre en las teorías y quería comprobar que

la situación tenía sentido. Pero, en aquel caso, no solo su novia se había precipitado, pues descubrió a su amigo con el móvil en la mano.

—Arturo, soy Lucas. Venid Santiago y tú. Creo que tenemos algo.